

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN PARÍS DE OTROS AÑOS

ESCRITORES COCINEROS

EN casi todos los escritores hay un cocinero oculto. Algunos, dando rienda suelta a lo que para tantos antojan ser manías geniales, no han dejado sepultado en sus personas al cocinero, sino lo han hecho el doble excelso de sus personalidades, cultivando el arte de la cocina desde sus formas más simples del bistec y los huevos fritos, hasta la de elevada alcurmia, la cocina exótica y aquella en la que ya también entra la inventiva del escritor, que se convierte en un creador de nuevos y exquisitos platos.

En todo esto he pensado, recordando en un París de otros años, al vizconde de Lascano Tegui en sus disquisiciones sobre la cocina vista por un escritor cocinero. Y es inolvidable este gran amigo, hoy desaparecido, no sólo por sus secretos culinarios, sino por la magia de las recetas que empleaba, en busca de una cocina surrealista. En París, frente al cementerio de Montparnasse, o en los alrededores, en una de estas callejuelas del barrio de los artistas y bohemios de aquel entonces, 1924-29, tenía su estudio el vizconde de Lascano Tegui, y hasta allí nos llegábamos un grupo de amigos americanos y franceses, entre los que recuerdo a Vicente Huidobro, cada cual con su botella de vino, a degustar los platos que el vizconde creaba a sabor y medida de los gustos surrealistas, viandas que él sacaba del fogón oficiando como verdadero sacerdote, y sirviéndonos con abundancia.

¿Qué tenía de surrealista aquella cocina? Nada y todo, pues en esa época, para nosotros, qué no era surrealista. El aire, el agua, la luz, la ciudad, el amor, el alcohol, las drogas y las

amigas, todo era surrealista, entraba a formar parte de una realidad negada y reconstruida, en el plano de la ficción con tantos detalles que se tornaba nuevamente realidad.

El tiempo ha pasado, y después de treinta y pico de años volvemos a encontrarnos con la figura del vizconde, en una entrevista que le hicieron, y en la cual explicaba su papel de cocinero diciendo que le gustaba la cocina «porque permite al hombre reposarse mentalmente y obtener de ese reposo un beneficio más. Cocinar es evadirse. Dejar un amarradero. Irse. Es soñar todavía a la vera de un prado o a la orilla del mar, desde donde viene el buay y el pescado. Es pensar alegremente con el rabo de la cacerola en la mano. Sentimos como un aplauso que viene desde la mesa, porque ofrecemos a nuestros comensales un espectáculo tridimensional que entra por los ojos, la nariz y la boca».

En esta respuesta nos definía el vizconde de Lascano Tegui al escritor cocinero que se relame, mientras cocina, pensando en sus comensales. No es el escritor que lo hace por sibiartismo, que lo hace para regalarse él, para no participar a otros de la fiesta. Por el contrario, el vizconde pensaba en ese espectáculo tridimensional, que es el regalo que su cocina ofrece a la nariz y la boca de sus invitados.

Y luego, agregaba para no dejar lugar a esta norma de su conducta de cocinero, que cocinaba por el gusto y la gula, ya «gourmet», ya «gourmant», lo que le obligaba a comenzar su arte por donde debe empezarse siempre, por ir al mercado, pues

el que cocina debe ponerse en relación con aquellos elementos que entrándole por los ojos, le permitan ir imaginando los platos que ha de componer después.

Luego añadía que cocinaba «por reacción contra la cocina mecánicamente realizada. Creo que tengo de la gastronomía una visión más extensa que la de mi cocinera porque yo lo hago por placer, y ella lo hace por obligación. Cocina para hacer tertulia en la mesa y tener amigos agradecidos en este mundo de ingratos...».

Nos daba aquí el vizconde de Lascano Tegui otra de las características de lo que era su personalidad de cocinero. Lo hacía para tener tertulia en la mesa. La tertulia, esa gimnasia del espíritu que está desapareciendo. La tertulia, tan indispensable, tan necesaria, al escritor. Ir al mercado, principiar la tertulia con las sustancias terrestres, cocinar para los amigos, y de todo esto sacar como premio la tertulia, y la gratitud del estómago, que es acaso la que puede esperarse de los muchos ingratos que por el mundo ambulan.

Y al final de la entrevista nos ofrecía una de sus recetas: «la gallina láctea». Qué nombre poético y astronómico. Era el de una gallina que, servida, parecía un trozo de la vía láctea. Y eso que habíamos dejado de ser surrealistas...

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

HACERSE OIR

UNAS ULTIMAS ESPERANZAS

DE hecho, y en todas partes, cada día existen menos oportunidades para que «uno» pueda hacerse oír. El «uno» a que me refiero es, desde luego, el escritor, el artista, el intelectual *sensu lato*, pero también el ciudadano corriente y moliente. Y me refiero, asimismo, a las plataformas de expresión normales, que, en la terminología al uso, suelen recibir el nombre de *mass media*. Las dificultades crecen y se multiplican. A menudo, se subrayan las que proceden de limitaciones políticas, sean eso, estrictamente políticas, o bien relacionadas con principios religiosos, morales e incluso estéticos. Hay otras, sin embargo: digamos «previas», además. Son las que se derivan del propio planteamiento económico del tinglado difusor. Tipografía, televisión, cine, y más cosas, en su actividad habitual, «tienden» a articularse en formas concentradas de acción. Para abreviarlo: como los mecanismos son caros, son también «pocos». En consecuencia, se produce una automática reducción de posibilidades para quienes desearían «decir algo», y no hará falta añadir que, a su vez, el usuario tampoco tiene mucho donde escoger. La «masificación» de las multitudes obedece, en gran parte, a esta fatalidad, cuyo origen «tecnológico» salta a la vista.

Pongamos el ejemplo de la imprenta. Hubo un tiempo, casi idílico, en que cualquier podía publicar su librito de versos o su pequeño semanario ideológico o municipal, con sólo acudir a un obrador de barriada. Por supuesto, para lanzar el librito o el semanario se necesitaban cuartos. Cuatro cuartos, en definitiva. Muy poco dinero. Hoy, en cambio, para que el volumen —de verso o de prosa— y para que el periódico lleguen a ser «viables», han de alcanzar tiradas relativamente largas, lo cual significan que exigen una financiación holgada y que han de buscar un mercado vasto. De no ser así, no salen las cuentas: costos, precios de venta. Y lo vamos comprobando. Desaparecen los papeles cuya clientela, por una razón u otra, tenía que ser módica. Un editor,

como es lógico, procura publicar candidatos al *best-seller*, y los «diarios de gran circulación», uno o dos en cada país, a lo sumo tres, desplazan a sus hermanos menores, de provincias o de partidos. Esto ocurre así en los espacios de expansión «tecnológica» más desembarazada. En los sitios donde perdura un cierto arcaísmo de estructura, todavía cabe hacer filigranas sin que se arruinen los promotores de la manobra. Pero no hay que hacerse ilusiones. En mi pueblo —quince mil habitantes entonces—, se publicaban antes de la guerra tres semanarios, y cuatro en algún momento, simultáneamente. Se acabó lo que se daba...

Y no se crea que exagero. Un poeta local, aquí, aún encuentra una opción editorial, aunque sea rascándose el bolsillo. Tengo entendido que, en Norteamérica, muchos poetas de renombre apenas logran ver impresos sus poemas en alguna revista universitaria, y para ellos, el libro constituye un recurso excepcional. Muchos productos universitarios han de imprimirse —a uno y otro lado del Atlántico— gracias a las ayudas del Erario o de Mecenaz. Sólo los materiales de consumo «masivos» resultan fáciles y asequibles. El *livre de poche*, por muy conspicuos que sean sus títulos, cae dentro del área mercantil rutinaria. El «término medio», superviviente hasta ahora, va de capa caída... Se puede suponer, por tanto, y sin demasiado riesgo de error, que una enorme cantidad de escritores quedan «marginados» de la vida comercial del libro. No por «malos», literariamente hablando, sino por no rentables. Y quizá entre ellos haya alguno que sea «bueno»: un Joyce, un Kafka, un Proust... El hecho de que, hoy, Kafka, Proust y Joyce hayan ingresado en las nóminas de *poche* no altera el problema... En la televisión y en el cine, monopolios u oligopolios archiconocidos, las expectativas de un autor ligeramente «personal» son mínimas. Y ni siquiera mínimas: nulas. Alguien tiene «algo que decir», y no tiene donde. Los mismos periódicos —diarios, magazines— no pueden

admitir sino dosis muy modestas de colaboración...

De colaboración, esto es, de opinión. Donde hay muchos periódicos, hay más rincones donde se atrincheran los matices de opinión. Y nunca se sabe cuál puede ser el más razonable. Y lo mismo cuando los canales de televisión abundan, compiten y difieren. Cierto que los periódicos y televisiones privadas van a la suya, en sus fines de negocio, de publicidad y de principios. Ello ha servido de argumento demagógico, con frecuencia, desde el ángulo antiliberal de la extrema derecha. Pero más vale eso que nada, y que yo sepa, aún está por inventar una alternativa que sea mejor para asumir las divergencias colectivas. Utopías aparte...

Con todo... Tratándose de «opiniones», aunque también de géneros literarios, de especialidades científicas, de idiomas minoritarios, el «progreso» se habría convertido en una lúgubre perspectiva, de no prever una «salida» para la efervescencia cotidiana de la sociedad. El «progreso» lleva a los montajes mastodónticos, uniformadores y aquescentes: las maquinarias son tan fabulosamente complejas y eficaces, que necesariamente quedan en manos de quienes «pueden». Los que «pueden menos» quedan desarmados ante esa realidad. Sólo que el «progreso» también puede sacar beneficio del remanente. Por decirlo de algún modo: hace entrar en sus cálculos la edición de trescientos ejemplares de un libro de versos...

El libro de trescientos ejemplares no podrá ser libro como Dios manda: ni en papel, ni en tipos de letra, ni en distribución, ni en casi nada. Pero será un libro. La tipografía actual se diversifica, y pone en funciones pequeños artefactos, no excesivamente costosos, que permiten manufacturas impresas poco ambiciosas. Día vendrá en que se extiendan beneficios similares para la televisión, pongo por caso. El cine «pobre», a trancas y barrancas, se hace su camino, fuera de la órbita —ya deca-

dente, hélas!— de las venerables firmas industriales. Lo de la televisión era más complicado. No bastaba el gasto del espectáculo y de su fijación mecánica, sino que además hay otro, no menos gordo, relativo a la distribución de imágenes y sonidos, con antenas, repetidores y trucos por el estilo. Al parecer, ya se ha inventado un sistema —justamente lo veo llamado «teledistribución»— que, a través de sutiles tramas electrónicas, hilos, conexiones, abonos, etcétera, hará factible que el vecino, con su aparato y en su domicilio, pueda elegir una de entre diez o doce cadenas, nacionales o extranjeras, la que le guste o convenga...

El procedimiento todavía está en mantillas, y parece que, de momento, no sobrepasa esferas territoriales breves. A la larga, es muy probable que la presión del «usuario» imponga su implantación, contra resistencias obvias. El usuario, aburrido del programa tal, cambiará al programa cual, y así sucesivamente. Los anunciantes tomarán en cuenta la situación, y de un modo u otro, una «emisora» de televisión acabará siendo, salvando las proporciones, lo que son las de radio. Con un presupuesto mediocre, será posible una tele. Habrá una tele «pobre», una tele *underground*, una tele comarcal, con dialecto y todo. Es una cuestión de tiempo. En la cercana Francia ya se especula sobre el particular y para fechas próximas. «El problema es saber quién tendrá acceso al cable, y qué podrá decir», declaraba un profesional del ramo. Por poco «más» que se pueda decir, siempre será una ventaja. Los cables de la «teledistribución» ofrecerían una esperanza a los residuos sociales que aún piensan por su cuenta o desean hacer. Como las ibeemas aplicables a la edición, y el offset, y todo lo que irá viniendo... No es para ser optimistas, claro está. El pez grande se come al chico. Pero los peces chicos —el poeta lírico, el filósofo, el erudito, el discrepante radical, el cineasta libre...— tendrán un respiro... En fin...

Joan FUSTER

CAMPANA DEL FRIO * * * * *

HASTA EL 30 DE MARZO Ptas. 39.825,-
12 MESES SIN RECARGO.

Iluminada
Acero inoxidable
2m. largo
Con cámara de reserva
Ultimo modelo
Material garantizado



VEA OTROS APARATOS Y MODELOS

CELAYA URGEL, 55 (junto Granvía)
TELEF. 254.84.13/15/16 - BARCELONA-11

CON SUS 26 SECCIONES, PUEDE MODERNIZAR SU ESTABLECIMIENTO

Viaje

**«DE CINE»
A LONDRES**

Salida 30 de marzo. Regreso 4 abril

Asistencia últimos estrenos: «A Clockwork Orange» de Stanley Kubrick, «Mysteries of the Organism» de Dusa Makavejev. Visita a los Estudios Pinewood Selección del National Film Theatre. Espectáculos teatrales: «O Calcutta», «Hair», «Godspell». Excursiones, traslados, viaje en avión JET línea regular, y estancia seis días hotel. Precio por persona Ptas. 11.750, todo incluido

Reservas:

MACANDREWS TOURS, S. A.
Agencia de Viajes G.A.T. 124
Plaza Medinaceli, 5 - BARCELONA
Tels. 222-79-99 - 222-89-91 y 231-37-07
PLAZAS LIMITADAS

**GRAN PARADA
DE LAVADORAS
SUPERAUTOMATICAS**

BAZAR PERPIÑÁ

RDA. UNIVERSIDAD, 21
Tel. 2313920

Crolls, Bru, Zanussi, Aeg, Ignis, etc.

**OFERTA
CAPICUA 8.998 Ptas.**

**FACILIDADES
DE PAGO**

RDA. SAN PABLO, 4, 6 y 8
Tel. 2421735

AUTO-ESCUELA CAMPA

Fontanella, 12, pral. Teléfs. 221-07-09 y 203-80-06

En nuestro 15.º aniversario ofrecemos nuestra sensacional

Tarifa básica unitaria sin limitación de edades

extraordinariamente interesante para las personas que desean aprender a conducir.
(Vea nuestro próximo anuncio. Le Interesará)

**¡SIN ENTRADA!
TELEVISORES**

Inter, Emerson, De Wald, portátiles
Lavadoras automáticas
150 ptas. semana

Tels. 2498264 y 2497591

Vendemos a pueblos comarca

CLUB RECREATIVO DEPORTIVO

con magnífico local social solicita contactos con grupos o peñas de:

Ajedrez - Sardanas - Bridge - Excursionismo - Etc.

con el fin de formar sus Secciones Sociales. T. 243-12-48 de 20 a 22 horas. Sr. Ramón